

BIENES.

Bona est substantia, cui non est peccatum in conscientia; et nequissima paupertas in ore impit.

Buenas son las riquezas en mano del que no tiene pecado en su conciencia: mas la pobreza es malísima á juicio del impio.

(Ecl. xii, 30.)

Todos los hombres desean ser felices. Nadie ha visto el rostro de la felicidad, dice S. Agustin, IN PSALM. xxxii, y todos la aman. Nadie sabe en que islas afortunadas habita, y todos la buscan. Pero conformes, comunmente, en desear la felicidad, no lo están en los medios de encontrarla. Quién la busca en las riquezas, quien en los deleites; éste en los honores, aquél en el poder, y casi todos en lo que no solo no puede proporcionarla, sino que nos hace mas infelices. Solo el justo es, en algun modo, feliz: en su interior reina siempre una calma profunda, una paz completa, que es como el principio de aquella felicidad perfecta, que le está preparada en el cielo. Verdad es, que algunas veces experimenta tribulaciones, disgustos, inquietudes; pero el amor divino, dueño de su corazon, suaviza sus penas, y hasta las convierte en santos placeres. Los pecadores corren en pos de la felicidad, y nunca la encuentran, porque para ellos son males sus propios bienes; los justos, por el contrario, son felices, porque saben trocar en bienes sus propios males. Voy á demostrar estas dos verdades tan propias para hacer amable la virtud. Antes de empezar, imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Dios, á veces, nos dispensa bienes temporales, que, en cierto modo, pueden hacernos felices: pero el mal uso que, por lo comun, hacemos de estos bienes, es la causa de nuestra infelicidad. Nosotros mismos somos los artifices de nuestra desgracia, trocando en males los bienes de la tierra. Estos son, por su naturaleza, temporales y pe-

recederos; y los miramos como si fueran permanentes y eternos: por eso, cuando llegan á faltarnos, nos afligimos, nos creemos infelices en fuerza del concepto que de ellos teníamos, de que no habian de acabarse. Con ellos podemos adquirir otro mayor bien, y nosotros los miramos como si fueran el último fin: mudamos su naturaleza, y de bienes pasan á ser males. Debiéramos contemplar las riquezas como medios para adquirir en los cielos un tesoro inmenso, enviándolas allá por manos de los pobres: debiéramos considerar las honras mundanas como medios para estimularnos á merecer una gloria eterna: debiéramos valernos de los placeres licitos de los sentidos como medios para movernos á desear las inefables delicias del cielo; pero, colocando en estos bienes la razon del último fin, los transformamos en verdaderos males.

El último fin del hombre es el que perfectamente satisface sus deseos; y como los bienes terrenos no pueden saciarnos, por eso quedan burlados los que se creen dichosos con su posesion. De ahí nace, que cuanto mas bienes poseen, tanto mas inquietos y turbados están. Apenas gozan de un bien, cuando, no encontrando la satisfaccion que imaginaban, los fastidia. Buscan otro, y les sucede lo mismo; parece que solo tienen gusto en cambiar los bienes, á semejanza de aquellos niños, que nunca callan si no se mueve continuamente la cuna en que están acostados.

No solo trocamos en males los bienes que poseemos, sino tambien los que apetecemos, y tal vez no llegaremos nunca á poseer. Unos y otros nos atormentan igualmente. La posesion de los unos nos fastidia, el deseo de los otros nos perturba; y nuestra vida no es más que una série no interrumpida de deseos no satisfechos y de penas. Lo que apetecemos hoy, nos fastidiará mañana; y el corazon fatigado con este flujo y reflujo de afectos contrarios, suspira y desfallece. Alejandro, poco satisfecho del reino de Macedonia, que habia heredado de su padre, conquistó la Grecia. ¿Quién no creyera colmados sus deseos, viéndose obedecido y obsequiado de los hombres mas valerosos y sábios de su tiempo? Sin embargo, la conquista de la Grecia no fué más que un estímulo para que pasára al Asia, á arruinar la monarquía de los medos y persas; y cuando se le dijo, que ya nada le quedaba para conquistar, empezó á derramar lágrimas y á perder sus fuerzas. Apenas faltó nueva materia con que cebar sus deseos, le faltó el gusto y la vida; tan poca satisfaccion halló en los bienes que poseia, y tan mal uso hizo de ellos. Lo propio sucede á los mundanos. Su corazon anda perturbado é inquieto tras de los bienes que no poseen; y si logran alcanzarlos, los trasforman en males por

el desordenado uso que hacen de ellos; y así son siempre infelices. Al contrario; los justos trasforman los males en bienes, porque los sufren conforme deben. Es un mal la pobreza; pero el justo hace de ella el mas precioso tesoro. Sirvese de ella para librarse de los peligros en que se pierden los ricos, y para adquirir las virtudes que la acompañan; para huir de los vicios que se la oponen, y para imitar á nuestro Salvador pobre. A primera vista parece, que la pobreza ha de hacerle infeliz, y, sin embargo, le coloca en la primera clase de los que el Evangelio llama felices.

El abatimiento y la sujecion, por sí mismas, son un mal de los más sensibles, especialmente para ciertos espíritus. Pero mirada la humillacion á la luz de la fe, es el mayor bien. ¿Qué provechos no saca el justo de ella? Por medio de la humildad consigue la divina gracia, y despues alcanzará la eterna gloria. Males ó señales del mal que se padece son las lágrimas; y con ellas alcanza el justo el perdon de sus culpas, que son el mayor de todos los males. Las calumnias, las injurias, las afrentas, son males, que con dificultad sufren los hombres mas fuertes; pero el justo las sufre con alegría. Pone los ojos en su divino Maestro, que pobre, humildé, afligido, afrentado y muerto en una cruz, le enseña con las obras, más que con las palabras, á llevar, no solo con paciencia, sino con gusto, las penas de la pobreza, del abatimiento, del dolor y de las afrentas; y de este modo aprende el arte prodigioso de convertir en bienes todos los males.

¡Oh, si vosotros, los que os hallais más afligidos, hubierais aprendido este arte, qué felices fuerais! ¡Qué de parabienes os diéa con el profeta Isaias! Entraria en vuestras casas, y al ver que vuestros hijos no tienen que comer ni que vestir, y que vosotros, destituidos de humano socorro, poneis toda la confianza en vuestro Dios, os diria de su parte, que sois felices: *Dicite justa, quoniam bene.* ISAI. III, 40. Al ver que, perseguidos, ultrajados y enfermos, sin zozobra alguna, aguardais de la mano del Señor el consuelo, os diria tambien, que sois dichosos: *Dicite justo, quoniam bene.*

Otro es el lenguaje que debemos dirigir á los mundanos, que trasforman en males los bienes que el Señor les concede. *Væ vobis devitibus*, debemos decirles con Jesucristo: *Væ qui saturati estis.* Luc. VI, 24 et 25. ¡Ay de vosotros, que en vez de emplear las riquezas, las honras, los placeres, en servicio del Señor, de cuya mano todo lo recibisteis, lo empleais en ofenderle! Bien pronto llegará el dia, en que conociendo vuestra ingratitud, y la locura que os hizo buscar en los bienes terrenos la felicidad, que solo puede venirnos del cielo, exclamareis como aquellos insensatos descritos en el libro de la Sabidu-

ria: *Lassati sumus in via perditionis*, SABID. V, 7; perdimos inútilmente el tiempo: nos fatigamos en vano, fuimos y seremos eternamente infelices.

No permitais, Dios mio, que ninguno de mis oyentes convierta en males, los bienes que le dispensa vuestra liberalidad. Cuando por vuestra bondad nos comunicais los bienes terrenos, dadnos un perfecto conocimiento de lo que son, para que no busquemos en ellos nuestra felicidad. Cuando por vuestra justicia nos aflijais con trabajos y calamidades, dadnos paciencia para sufrirlas; convertid los males en bienes. Haced, que ni los bienes ni los males de este mundo nos aparten de vos, bondad infinita. Vos solo podeis hacernos felices; haced, pues, que por vos suspiremos, por vos anhelemos, hasta que tengamos la dicha de veros cara á cara, de poseeros perfectamente, y de disfrutar de vuestra misma felicidad en el cielo, que deseo á todos.

BIENES TEMPORALES Y ETERNOS.

I.

Testificor in Domino, ut jam non ambulatis sicut et gentes ambulat in vanitate sensus sui.

Os conjuro de parte del Señor, que ya no obreis como obran los gentiles en la vanidad de sus sentidos.

(Ephes. IV, 17.)

Refiere el Evangelio, que habiendo tomado Jesús á los doce apóstoles, les dijo; Veis que subimos á Jerusalem, y allí se cumplirá todo cuanto los profetas han escrito del Hijo del hombre, porque será entregado á los gentiles, y escarnecido, y azotado, y escupido; y despues que le hayan azotado, le matarán, y al tercero dia resucitará. El disponer el Salvador, que sus doce apóstoles hiciesen alto, cuan-

do subian á Jerusalem, ¿qué fué sino exhortarnos, á que miremos la vida presente como camino para la Jerusalem celestial, y á que en todo nos tratemos como peregrinos, que no tienen aquí ciudad permanente; como desterrados, que suspiran por volver á su patria; como muertos á todo lo que no nos adelanta en este camino, ó nos detiene ó atrasa en él, ó nos hace olvidar los bienes que allá nos aguardan, ó nos hace indignos de llegar á poseerlos? ¿Y lo practican así esa multitud de cristianos, que, renegando de su sagrado carácter, y obrando como los gentiles en la vanidad de sus sentidos, frecuentan los teatros y saraos, no se ocupan mas que en festines, liviandades y disoluciones? ¿Así tienen á la memoria la dolorosa pasión y muerte de nuestro Redentor? ¿Así observan el precepto del apóstol S. Pablo, en su Epístola á los Efesios, cuando les dice, *que no obran ya como obran los gentiles en la vanidad de sus sentidos?* ¿Así cumplen la solemne promesa que hicieron en el bautismo, de renunciar á Satanás, al mundo, sus pompas y vanidades? ¿Es ese el modo de concurrir á las saludables miras de la Iglesia? Para cooperar yo, en cuanto está de mi parte, á los piadosos fines de tan cariñosa madre, me propongo hacer una pintura, aunque breve y rápida, de la gloria de este mundo, sus deleites, sus bienes, sus atractivos, su pretendida felicidad; y de la sólida y eterna ventura que se nos promete en el cielo; para que veais, que error es prenderse de unas bagatelas frívolas, que se desvanecen como el humo, y desprecien aquel inmenso tesoro de riquezas y de gracias que ha de durar para siempre. Este discurso no será otra cosa que un cotejo ó paralelo de los bienes temporales con los eternos, en que vosotros mismos, convencidos de la verdad, os vereis forzados á dar la ventaja á los que de justicia la merecen.

1. Consideremos, primero, al mundo por lo que tiene de hermoso, que verdaderamente es capaz de arrebatarse los mas elevados entendimientos, si se paran un poco á contemplar su belleza. Es obra de todo un Dios, y no es menester decir más para entender sus primores: por este lado, es fundada la afición de los mortales á esta magnífica fábrica construida para el hombre; y el hombre no fuera hombre, si mirara con indiferencia la delicadeza de aquel pincel soberano, que así trazó su habitacion y su morada. Yo salgo fuera de mí cuando quiero filosofar algun tanto sobre esta grande obra del Altísimo, y no puedo dar fondo á los arcanos que encierra el complejo de la máquina, y aun cualquiera de sus partes. Los cielos, las estrellas, los planetas, todos los globos celestes; ¡qué prodigio! La vista se deleita en objetos tan bellos. Si del cielo bajamos á la tierra, ¡qué maravillas! Las flores embelesan con sus colores y fragancia; las aves ena-

moran con sus gorjeos: los mares admiran por la inmensa copia de sus aguas, por el impulso de libracion con que se mueven, por sus flujos y reflujos inapeables: el globo terrestre es un teatro de portentos. ¡Qué multitud de animales! ¡Qué diversas inclinaciones, propiedades y virtudes! ¡Qué variedad de insectos, de árboles, de yerbas y de plantas! ¡Qué de minas de oro, plata y diferentes metales encierra en sus entrañas! Si á la naturaleza se añaden las obras del arte, ¡qué complejo tan vario y tan delicioso! Las fábricas ingeniosas, la arquitectura magnífica, las pinturas excelentes, infinitas producciones en que sudaron el arte y el ingenio, el laberinto de Creta, el coloso de Rodas, las pirámides de Menfis; ¿qué me canso? Yo convengo con vosotros, en que este mundo, que vemos, presenta un espectáculo digno de admiracion y de asombro.

Pero ea, que ya es tiempo de elevarnos á aquella tierra de promision que fluye leche y miel, y mirar de cerca aquella ciudad de perfecta belleza, aquella Jerusalem, nueva esposa del Cordero, aquella dichosa Sion, cuyos fundamentos, segun la expresion del Profeta, están colocados sobre los montes santos, y cuyas puertas son mas amables que los tabernáculos de Jacob; aquel lugar elegido, que es aposento del Rey de la gloria, trono de su grandeza, palacio de su majestad, casa de sus escogidos, y cifra de todos los deleites. Si este lugar de destierro se deja ver tan hermoso; ¿qué lengua podrá describir la hermosura de aquella dichosa patria? ¿Os parece, que la morada del príncipe tendrá que ver con la habitacion del esclavo? Si los pórticos y zaguanes de un edificio magnífico son tan vistosos; ¿qué será la pieza alhajada y el retrete destinado para el Señor de la fábrica? Si tal es el artificio del ínfimo pavimento; ¿cuál será el de las bóvedas y techumbre? Si tal es el resplandor del mero empedrado; ¿cuál será el de las molduras y el de las tapicerías? Si el lugar destinado para el primer hombre inocente, fué un paraíso de delicias y un jardín de amenidades; ¿cuál será el paraíso celestial, que es habitacion de los ángeles y descanso de Dios vivo? ¡Oh morada eterna, que tanto te alejas de mi vista! no puedo decir lo que eres; pero es forzoso que sea muy improporcionado y muy bajo cuanto yo diga. Ya sé, hermanos míos, que el evangelista Juan, á quien fué mostrada en figura aquella Ciudad real, nos dejó en el Apocalipsis un diseño de su excelencia y grandeza acomodado á nuestra capacidad, pero muy inferior á su verdadera hermosura. Tiene esta Ciudad, dice el santo, un muro grande y alto que la circuye, con doce puertas famosas que le dan entrada, y doce ángeles que las guardan: los cimientos de las murallas son labrados y embutidos de piedras preciosas; y las doce

puertas son doce margaritas de inestimable valor: la plaza de esta Ciudad es de oro limpio, semejante al cristal terso; no ha menester de sol ni de luna que le den lumbré, porque la claridad de Dios la ilumina y la alumbrá; y la lámpara, que arde en ella, es el Cordero: tiene un río de agua viva, que sale de la silla de Dios; y en medio de la plaza y de la ribera del río está plantado el árbol de la vida, que lleva doce frutos al año para regalo del gusto; y sus verdes hojas, que nunca se marchitan, son para salud de las gentes. Aquí teneis, hermanos míos, una tosea pintura de aquella feliz mansion de la gloria en términos metafóricos, porque la lengua no tiene voces propias con que explicarse; y todo cuanto se ha dicho y se puede decir, es una pura sombra, y unas expresiones materiales y groseras sin proporcion alguna con la verdad que se anuncia. ¿Qué os parece, pues, de aquella morada eterna, comparada con esta tierra en que estamos? Si la copia trazada rudamente así arrebatá; ¿qué hará el mismo original? Pero sigamos el paralelo empezado, y veamos si, además de lo material de la fábrica, hay cosas en este mundo que merezcan la atención, puestas en balanza con las que allí se poseen. ¿Acaso; me dirá alguno, no es dulce y delicioso el trato de los amigos, el amor de los padres y de los deudos, las correspondencias urbanas y políticas de los extraños, esta civilidad y armonía, que reina en las repúblicas entre personas iguales y de un mismo estado y carácter? ¿Acaso la compañía y comunicacion continua de los que se avienen en el genio y las costumbres, no es estimable sobre el oro y las piedras preciosas? ¿Acaso la sabiduría no es una alhaja excelentísima, digna del mayor aprecio? Un hombre sábio, entendido y literato ¿no es un idolo á quien se ofrecen inciensos y adoraciones, y un oráculo cuyas respuestas se escuchan con sumision y rendimiento? ¿Acaso la nobleza y excelso nacimiento, no es una margarita de subidos quilates? Un personaje de ilustre y esclarecida cuna, cuyo tronco tiene profundas raíces en los monumentos de la remota antigüedad, ¿no es un planeta de primera magnitud, que brilla con esplendor entre el resto de las gentes, como el sol entre los astros? ¿Acaso las riquezas no son una fuente de felicidades, cuyas aguas hacen fecundas las tierras mas estériles, y autorizan las condiciones mas bajas? Un hombre opulento, ¿no tiene cuanto desea, sin que cosa alguna resista á su albedrío y á su gusto? El oro, ¿no es la llave maestra para abrir la voluntad mas reservada y misteriosa, y para ganar el corazón mas rebelde? ¿Acaso los honores y los aplausos no tienen erigido un templo para su culto, en cuyas aras sacrifican su vida el valor, la sangre, las armas y las letras? Un capitán victorioso, un ruidoso conquistador, un ingenio de primera

clase en sus descubrimientos, un escritor de pensamientos altos y bien producidos, todos éstos, por modestos que sean, ¿no aspiran á coronarse de palmas y de laureles como fruto de sus afanes y recompensa de sus tareas? ¿Acaso la hermosura no es otro de los títulos poderosísimos para robar voluntades, y una cadena dorada que rinde y aprisiona con gusto los corazones? ¿No es una rémora, que detiene la nave de nuestros afectos, y cautiva sin remedio á cuantos se dejan llevar de sus hechizos? ¡Ah mundo hermoso! ¡Y cuántos dones repartes á tus amadores! ¿Quién no vivirá gustoso en este país abundante, donde los bienes se enlazan unos con otros y brotan en tanta copia?

2. Este es, hermanos, el lenguaje de un hombre infatuado de la gloria del mundo, que coloca en esta tierra ingrata el paraíso de sus delicias. Supongo que son raros los que disfrutan estas bellas cualidades y ventajas de que hemos hablado, y que los mas experimentan mil reveses de la fortuna, pobreza, miserias, trabajos, enfermedades, achaques y dolores, rencillas, disgustos y pesares; pero yo doy de barato, que cada uno reúna en sí mismo y posea cuanto acabo de decir; que sea hijo del príncipe mas augusto, nobilísimo en su cuna; que tenga amigos leales que se sacrifiquen por sus intereses, y le diviertan y recreen con una conversacion festiva, amena, discreta y deliciosa; que goce de riquezas inmensas y sea dueño absoluto de medio mundo ó del mundo entero; que tenga un talento superior, con un conocimiento profundo de todas las artes y ciencias humanas; que esté colocado en la cumbre del honor, y no haya homenajes y obsequios que se le nieguen; en una palabra, juntad en su persona cuanto puede halagar la imaginacion ó puede caber en la idea; que sea mas hermoso que Absalon, mas estimado que David, mas sábio que Salomon, mas opulento que Crespo, mas afortunado que Alejandro, mas aplaudido que César. Ved ahí un hombre en el colmo de la felicidad y de la dicha terrena, y gozando cuantos atractivos y alicientes puede ofrecer el mundo, ingenio, nobleza, ciencia, dominio, hermosura, riquezas, amistades y honores. ¿No está aquí encerrada toda la gloria del mundo? ¿No es este el complejo total de los placeres, que ofrece en su copa encantadora esta hechicera Babilonia? Sí, hermanos, éstos son; y éstos son los que embriagan las potencias y sentidos de los mortales, y no les dejan libertad para hacer aprecio y estimacion de lo que está reservado en la vida venidera.

Pero, venid conmigo, y os conduciré por la mano hasta la morada de Dios en la eternidad, y vereis las riquezas inefables que están guardadas para los que le aman. ¡Oh cielos! desquiciad esas puertas; ras-

gad esas cortinas, que nos impiden contemplar el teatro de las delicias; dejad correr esos rios de aguas vivas para saciar nuestra sed; mostradnos esos tesoros riquísimos para llenar el vacío de nuestra voluntad; permitidnos pasear esa tierra prometida de anchura inestimable, de plenísima paz, de eterno descanso; dejadnos observar el estado y condicion de esos ciudadanos del emperio, á ver si son tan dichosos como los que habitan en este país de la mortalidad. ¡Ah hermanos míos! Desprendeos por unos momentos de las ideas y especies de acá abajo; volad allá con las alas de vuestros afectos, y sirviéndoos de la fe como de una antorcha luminosa, registrad lo que pasa en aquella patria escogida. ¿Qué bien se puede imaginar, que no se halle allí en toda su plenitud? ¿Acaso faltará la amistad dulce y la afectuosa hermandad? Pero nó; que allí reina una recíproca union de voluntades, no hay mas que un solo corazon, una alma sola, porque Dios, que es como el espíritu de todos, los anima, les da vida, y los estrecha mutuamente con las cadenas de Adán, con vínculos indisolubles de amor; todos son hermanos queridos, abrazados con lazos de caridad, mas unidos entre sí que las partes y miembros de un mismo cuerpo; aquella amistad no tiene mezcla de interés, ni hay motivo de rompimiento, de frialdad ó de quiebra, porque no hay ausencia, ni hastío, ni importunidad, ni mudanza, ni causa alguna que menoscabe el amor. ¿Por ventura faltará allí la nobleza? Pero, nó; que allí todos son de esclarecido linaje, no hay extracciones bajas, ni ministerios viles; todos son domésticos de la casa de Dios, hijos adoptivos del Rey de la gloria, sentados á la misma mesa del Padre celestial, y herederos del mayorazgo eterno: allí no se distingue entre el vasallo y el príncipe; y tal vez una mujercilla humilde estará sentada en trono mas alto que la mas augusta reina: allí todos visten de gala, ropas exquisitas de varios dibujos, bordados y primores, sin acepcion de personas ni clases, y toda la diferencia está fundada en la mayor santidad y virtud que se adquirió en esta vida. ¿Por ventura faltará allí sabiduría? Pero, nó; que allí está el conocimiento perfecto: acá todo son sombras, fantasmas, ignorancia y necedad; por más que se adelante en las ciencias, todo es enigma para el entendimiento humano, la naturaleza se le huye, y la gracia le deja á obscuras, en tinieblas palpables; al cabo de muchos años de estudio solo se adquieren cuatro bagatelas frívolas, que no merecen nombre; y despues de acabarse la vista sobre los libros, solo se sabe lo que resta que saber: no así en la escuela de la gloria: el maestro soberano comunicará al alma tales luces, que nada le sea ignorado, segun la condicion de su estado; en una vista de ojos sobre aquel espejo purísimo, penetrará

las mas altas y gustosas noticias, y conocerá las más escondidas y sublimes verdades; los enigmas más oscuros quedarán descifrados; las dificultades más árduas se allanarán, todas las dudas se verán aclaradas. Dios mismo, unido al entendimiento, fortificará esta potencia, extenderá su virtud y su fuerza prodigiosamente, y los misterios más profundos de la encarnacion del Verbo, y de la Trinidad beatísima, serán accesibles á su capacidad y á sus luces. ¿Por ventura faltarán allí honores y riquezas? Pero, nó; que allí se pagan con exceso los méritos de los justos; todos tienen asiento en las sillas reales; todos son áulicos y consejeros del Altísimo, favoritos y confidentes de la majestad; todos llevan su corona de oro en la cabeza, palmas triunfantes en las manos; un ropaje vistoso, que les adorna, es la insignia de su honor y dignidad; todos poseen aquella mina inagotable de bienes, y cogen á manos llenas los frutos preciosísimos de aquel árbol de la vida. ¿Acaso faltarán allí hermosuras? Pero, nó; que esta prenda es la que allí brilla y campea con singulares ventajas: es tanta la belleza de los bienaventurados, que el sol y la luna no tienen que ver con sus hermosísimos rostros: sus caras despiden rayos y resplandores, que deslumbran á las estrellas. ¿Cuán hermosos son tus tabernáculos, oh Jacob, y tus tiendas, oh Israel!

Me falta el tiempo para sondear el inmenso piélago de bienes y riquezas, en que, anegada, el alma gloriosa se pierde, se confunde y se abisma. Elevaos vosotros mismos, fijad los ojos del espíritu en aquella Ciudad feliz, y no podreis dejar de enamoraros tambien de los ciudadanos que moran y habitan en ella, que es como el complemento de los placeres y embeleso de la gloria. Acercaos á las gerarquías y coros de los espíritus celestiales, y os admirareis de ver la pureza de los Angeles, la majestad de los Tronos, la fuerza de las Virtudes, la alteza de los Principados, la sabiduría de los Querubines, y el amor abrazado de los Serafines, que arden en vivísima llama. Tended la vista sobre aquel escuadron lucidísimo de soldados de Jesucristo, que triunfaron con honor del mundo y del infierno, y vereis aquellos grandes Patriarcas fieles á las promesas de Dios, aquellos Profetas ilustrados, que anunciaron los misterios de salud, aquellos Justos invencibles á los halagos y á los tormentos; vereis á los Apóstoles brillar como piedras preciosas en el cimiento de la Iglesia; vereis á los Mártires adornados con sus laureolas y diademas riquísimas; vereis á los Doctores con letreros de oro grabados en la frente, arrojando destellos de luz por todas partes; vereis á las Vírgenes con sus lirios y azucenas mas blancas que la misma nieve. Subid mas arriba, al trono de la Emperatriz de los cielos, Madre del Verbo encarnado y Madre de todos los

pecadores, y vereis una Señora incomparable, Reina de todo lo criado, sentada á la diestra de su divino Hijo, mas hermosa que mil soles y que las estrellas de la mañana. Volved los ojos á la Humanidad sacratísima de nuestro amable Redentor, y vereis aquel cuerpo y aquel rostro, que fué cubierto de tanto oprobio é ignominia, ahora lleno de tanta majestad y de tanta gloria; vereis aquellas llagas, que abrieron los clavos crueles, cómo despiden globos de resplandor y de luz, y son fuentes perennes de piedades y dulzuras. Subid, finalmente, hasta el augusto sólio de la majestad y grandeza de Dios, y vereis en él..... Más, ¿qué digo? ¿A dónde voy? ¿Quién soy yo para poner mi boca y emplear la torpeza de mi lengua en hablar de aquel sér incomprendible, de aquella sustancia increada, de aquel espíritu purísimo y simplicísimo, que hinche con su inmensidad los cielos y la tierra? En este Océano se anega el entendimiento; esta luz vivísima ciega nuestros ojos. Este bien inefable arrastra y cautiva el corazón, y todos nuestros deseos únicamente descansan en este dichoso centro.

¿Qué os parece, amadores del mundo, qué os parece de este espectáculo delicioso á que os he conducido, para que, mirado á fondo, os desengañéis de vuestro error? Decid abiertamente lo que sentís del cielo comparado con la tierra. Pero advertid, sobre todo, que aquellos bienes de allá no son caducos, inconstantes y frágiles, sino firmes é interminables; aquellas riquezas no están expuestas á menoscabos, robos ó reveses de fortuna; encerradas en el pecho de Dios, no padecen alteracion ni mudanza; aquella dulce compañía no la desune la discórdia, la estrecha fuertemente la caridad: aquella salud y vigor no la consume el tiempo, la eternidad la conserva sin quebras; aquella hermosura no la aja la edad ó la vejez, la sostiene integérrima un temperamento inalterable: el cuerpo no está sujeto á enfermedades, dolores ó corrupcion, porque la muerte no ha lugar en el país de la inmortalidad, y siempre, siempre se ha de gozar de alegría y regocijo perfecto, sin la mas leve porcion de pesar ni de amargura. ¿Qué hacemos, pues, oyentes míos, apegados á este valle de miserias? ¿Por qué no suspiramos por aquella mansion de paz y de descanso, que ha de durar eternamente? ¿Por qué no renunciamos de corazón este mundo y todos sus gustos, para poder tener parte en la futura Sion, donde todos los bienes se nos darán sin medida? ¡Oh Dios de mi alma! necio y loco es el que se enamora de unos bienes frívolos y transitorios, que se han de acabar cuanto antes; por lo que á mí toca, solo deseo poseeros á vos, Bien infinito y permanente, Bien sumo, soberano y eterno; solo deseo habitar en la compañía de los Santos, en aquella morada feliz, en que os dejais ver cara á cara en toda vuestra

hermosura. Ahora, dadme gracia para serviros perfectamente en este lugar de destierro, y para gozaros despues en la dichosa patria y bienaventuranza de la gloria, que á todos deseo, etc.

BIENES TEMPORALES Y ETERNOS.

II.

Nolite thesaurizare vobis thesauros in terra... thesaurizate autem vobis thesauros in celo.

No querais amontonar tesoros para vosotros en la tierra: atesorad mas bien para vosotros tesoros en el cielo.

(*Matth. vi, 19 et 20.*)

El Evangelio nos dice, que no es en la tierra donde hemos de juntar tesoros, sino en el cielo. Lo que en la tierra se atesora, en la tierra, con la tierra y como la tierra perezce; lo que enviamos al cielo, en el cielo, con el cielo y como el cielo se conserva. Si con nuestras obras solo aspiramos á obtener el galardón de los hombres, recibiremos un galardón por cierto muy inconstante; mas si deseamos tan solo la recompensa del cielo, obtendremos un premio eterno y que no podrá sernos arrebatado. Como el amor de los bienes y goces, que se llaman positivos, va desarrollándose en nuestros dias de un modo espantoso, creo oportuno y necesario demostraros, que es gran necesidad atesorar riquezas en la tierra, donde todo perezce, y no atesorarlas en el cielo, que es nuestra verdadera patria, y donde todo permanece eternamente. Vamos á probarlo. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. En primer lugar, es necesidad procurar adquirir tesoros en la tierra, porque son inconstantes y perecederos. Salomon dice, que las